

Círculo Rojo

Vida nº 3

Vida nº 3

José María Lerín



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: mayo 2017

Depósito legal: AL 799-2017
ISBN: 978-84-9160-745-8
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: José María Lerín
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Fotografía de cubierta: 123rf - yusukerf

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

Para A. Espinosa, por ser una excelente profesora en esta aula de aprendizaje constante que es mi vida

y

Para M. Faustino, por ser una extraordinaria compañera de pupitre

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido de los hechos o de los personajes con la realidad es pura coincidencia.

En cuanto a los lugares, algunos existen y otros son producto de mi imaginación. Descúbrelos tú mismo…

PRIMERA PARTE

"Todo el mundo tiene tres vidas: la pública, la privada y la secreta"
(Gabriel García Márquez)

Soy esa sombra que te encuentras de madrugada en la carretera.

No soy nadie especial. Y aunque lo fuera, ¿qué más da? Riqueza, fama, poder… Mentiras y más mentiras. La noche nos hace a todos iguales.

Arranco.

Conduzco hacia el norte. Una ciudad, y otra, y otra… Al fondo, el mar ruge en silencio, susurra sus historias, cronometra el tiempo. Allí arriba, las estrellas marcan el camino. Estrellas…

Me detengo en el parking. Paro el motor. Camino hacia la entrada. Todo tan rutinario y al mismo tiempo tan singular.

Evasión alcohólica, música sensual, danzas mercenarias, energía pasiva, olor a presente.

Te veo como conversas con ella. Con una de ellas. El ritual de provocación, la promesa, el acuerdo. Y luego… ¿luego? ¿A quién le importa?

Desapareces. Has sido efímero en mi vida. En realidad, todo es efímero. La vida misma lo es. Apuro mi copa y me marcho.

Continúo mi viaje.

CAPÍTULO UNO.
VACACIONES

—¡Bola!

El grito resonaba en la pista de frontenis cada que vez que el inspector Guillermo Artigas o su mujer Elena Llorente golpeaban la pelota con todas sus energías comenzando un nuevo punto, buscando el saque perfecto, bien pegadito a la pared, allí donde más difícil es devolverla.

—¡Esa te ha entrado de chiripa!

Entre derechazos y reveses, la pugna se prolongó durante una hora. Los primeros juegos estuvieron muy igualados: Elena se defendía bien gracias a su más que aceptable técnica. Pero, con el paso de los minutos, se fue imponiendo la excelente forma física del inspector y este acabó por llevarse el duelo. Aun así, el esfuerzo y el tesón de su mujer la convertían a los ojos de Guillermo en la nueva estrella mundial de frontenis, en un adversario ejemplar. Y ahora que había finalizado el partido y se dirigían cogidos de la mano hacia la salida del centro deportivo, el inspector miró con deseo a Elena, sonriente y sudorosa.

Al cabo de un rato, yacían sentados debajo de una sombrilla. Se hallaban en la playa Heliópolis de Benicasim, disfrutando de dos semanas de vacaciones. Aquel era su octavo día. Se alojaban

en el Hotel Azahar, un fantástico cuatro estrellas. Por la mañana, temprano, practicaban algo de deporte y luego acudían a disfrutar del sol, junto al mar. Después de una opípara comida en el hotel, la relajación estival se adueñaba de ellos y caían aletargados por espacio de dos horas. Más tarde, hacían un rato de lectura en la piscina. Cenaban pronto, se cambiaban de ropa y daban un paseo por las concurridas calles benicenses o por Castellón de la Plana, la vecina capital. Acudían a algún pub de moda, tomaban una cerveza, caminaban por el paseo marítimo… Lo importante era aprovechar el momento, antes de ir a dormir, abrazados uno al otro.

Guillermo Artigas tenía cuarenta y cinco años. De complexión fuerte, pelo canoso y perilla bien recortada que se solía mesar a menudo en una suerte de costumbre reflexiva y nerviosa a la par, se hallaba en un momento feliz de su vida. Inspector de la Policía Nacional, hacía un año que había resuelto un caso de gran repercusión mediática en Zaragoza, la ciudad donde vivía y desarrollaba su trabajo. Aquella investigación le había reportado una gran satisfacción interior y ahora disfrutaba de un merecido descanso.

Elena Llorente, de cuarenta y tres años, era pelirroja, esbelta y de mirada tierna. Maestra de educación especial, su trabajo le resultaba enormemente gratificante, tanto como compartir los éxitos profesionales de su marido. Para ella, estas vacaciones eran especiales, pues por motivos profesionales no habían podido coincidir tantos días seguidos en pleno verano, y por ello habían tomado la decisión de viajar a un destino cercano del cual tenían excelentes referencias.

Tenían una hija cada vez menos adolescente: Sofía, que contaba ya con diecisiete inviernos, y que había rehusado hospedarse con sus padres en el hotel para acudir a unos campamentos solidarios en el Pirineo aragonés, cuya misión consistía en colaborar en tareas de repoblación de una zona forestal tristemente

incendiada durante el verano anterior. A tan encomiable labor acudían unos doscientos jóvenes voluntarios, mayoritariamente aragoneses pero también de otras regiones limítrofes. A Guillermo le alegraba que su hija se socializara cada vez más, y egoístamente agradecía aquella nueva visión del mundo por parte de Sofía, pues les iba a permitir a él y a su mujer veranear a sus anchas y gozar de intimidad y libertad de movimientos. Elena pensaba igual, con la única salvedad de esa preocupación que las madres suelen tener por sus hijos cuando están lejos, en compañías desconocidas… No obstante, su marido y el aterciopelado clima de la Costa de Azahar alejaban de su pensamiento los miedos infundados.

Así estaba el matrimonio: feliz y enamorado. Y cuando caminaban de la mano por la pasarela del espigón a la luz de la luna y de fondo sonaba la música de algún concierto al aire libre o las risas de los jóvenes entrechocando amistosamente las jarras de cerveza, se dejaban inundar por esa delicada y deliciosa paz interior que sienten las parejas que mantienen una conexión importante a nivel profundo

Elena se vistió para la noche con un modelo veraniego tan provocativo como funcional. La tela de raso y la pedrería ornamentaban un conjunto negro que dejaba caer distraídamente su lazo justo debajo de una espalda que asomaba sugiriendo delicadas caricias. Mientras su mujer acababa de arreglarse, Guillermo contempló su rostro en el espejo del baño. Malditas canas… Florecían en sus sienes como el trigo en primavera. A pesar de ello, sentía un jactancioso orgullo por su madurez física y mental, un complaciente bienestar producto de la experiencia, la sensatez y el disfrute del momento. Observó que se había olvidado de afeitar unos pelillos justo en la nuez, y tomó la cuchilla para repasarlos.

—Cariño, ya estoy lista.

Guillermo salió del aseo, al encuentro de su mujer. Ella le esperaba embutida en su lujoso vestido. Tenía el aspecto de una deidad misteriosa, seductora, flamante. Los labios de los dos se aproximaron, atraídos por un invisible imán. La velada había comenzado.

CAPÍTULO DOS.
VIOLENCIA

El verano caía pesadamente sobre la Costa de Azahar y adormecía los sentidos. Durante las horas centrales del día, daban ganas de dejarse llevar a cualquier parte, de no hacer nada en concreto y dedicarse a satisfacer las necesidades más básicas, sin mayores pretensiones.

Pero la noche era distinta. En el puerto de Castellón bullía la actividad de cafés, bares y terrazas. Los veraneantes más opulentos invertían su dinero en menús confeccionados a base de exquisitos pescados y mariscos. Los más humildes se refrescaban con cervezas en los veladores o degustaban un helado mientras paseaban al borde de la bocana, contemplaban soñadoramente las embarcaciones allí amarradas y planificaban un futuro mejor: "Cuando nos toque la lotería, amor mío, ¿verdad que nos compraremos un yate como éste?" "No, yo prefiero un barquito de vela, es más típico, menos contaminante, disfrutas de la brisa marina…" En el centro, unos cines proyectaban los últimos estrenos y las discotecas aledañas iban acogiendo a los clientes que llegaba con afán de diversión y contacto humano, tal vez intentando acabar la noche como esas parejas que se sentaban en las escaleras ubicadas frente a la bocana y se prometían amor eterno. En un extremo del puerto, el casino daba cobijo a algún jugador furtivo que se aventuraba a fiar su dinero a la Diosa Fortuna.

David Basteda cenaba con sus amigos y su novia en la terraza más económica. Habían encargado unas raciones de mejillones al vapor, calamares a la romana y sardinas a la plancha. Eran las doce de la noche de aquel caluroso sábado de julio. David, un chico de veintidós años, alto y con gafas de pasta, estudiaba el último curso de Comunicación Audiovisual. Vivía en Castellón, y sus padres se habían marchado de vacaciones una semana a Lisboa, por lo que él había aprovechado para invitar a casa a sus amigos de Alicante: Adrián, su pareja Teresa y los hermanos Piquer. Por supuesto, le acompañaba su novia, Irene Bartual, con la que compartía la ilusión de llegar a vivir juntos cuando él terminara la carrera, encontrara un trabajo y pudiera sumar su salario al de su chica, que llevaba la contabilidad en una empresa de alquiler de coches.

Adrián Merino era un amigo de David, dos años mayor que él. Desde pequeños habían sido vecinos. Cursaron estudios en el mismo colegio y en el mismo instituto. David llegó a considerar a su amigo el hermano mayor que no tenía. Luego, la familia de Adrián se había mudado a Alicante por cuestiones laborales, pero ellos habían mantenido la amistad. Ya en la Universidad de Alicante, Adrián se había decantado por estudiar Historia, y durante la carrera había conocido a Teresa Vidal, una chica con aspecto intelectual y gran sentido del humor. La suerte que en ocasiones les sonríe a los enamorados a ellos les había reservado sendas plazas de profesores en el mismo instituto de Alicante. Y allí vivían, envueltos en el bendito estado de ensoñación que se profesan los amantes.

Los hermanos Piquer eran dos nuevos amigos de Adrián, que inicialmente habían coincidido con él en un concurso de dardos organizado en un bar de Alicante. Unas cuantas noches después, se encontraron en una discoteca: "Oye, ¿tú no estabas en el concurso…?". Así había comenzado una sana amistad, que con el tiempo había llegado a ser compartida por David e Irene. Corpu-

lentos y con aspecto de tipos duros, los hermanos Piquer gustaban de lucir camisetas con motivos psicodélicos que les servían de tema de conversación en sus acercamientos a las chicas, por lo general fallidos. Siempre estaban pensando en nuevas tácticas para cortejarlas y en verdad no carecían de documentación al respecto, mas así permanecían: solteros y sin compromiso. David, malicioso, los denominaba para sus adentros "los irreductibles pajilleros". Uno de ellos, Quique, saboreaba con gran deleite una sardina.

—Luego, ¿cuál es el plan? — preguntó mientras un chorro de aceite se le escurría bajo la comisura del labio.

—Haremos algo de tiempo mientras damos un paseo y tomamos un helado, y después iremos a *DeLuxe* — respondió David.

—¿Allí hay buenas tías? — preguntó Elías, el otro hermano Piquer.

—¡Y yo qué sé! He ido alguna vez y hay de todo — respondió David.

—¡Sólo sabéis pensar en lo mismo! ¡Como sois los tíos! — comentó Teresa, burlona.

—¡Tienes razón, todos los tíos son unos gorrinos…! Menos yo, claro está, que soy diferente, ¿verdad que sí, cariño? — y Adrián se puso a sobar con ademanes pegajosos a su novia, mientras ésta se revolvía en el asiento emitiendo leves risitas.

—¿Lo ves? ¡Si en el fondo os gusta! — apuntó Elías.

David sonreía, aunque por dentro se notaba un poco incómodo. No era un engreído, ni se consideraba superior intelectualmente a sus amigos, pero en ocasiones éstos le parecían algo ridículos e infantiles.

—Chicos, por favor… Hay gente de otras mesas que nos está mirando.

—¡Pues que les aproveche! — soltaron al unísono los hermanos Piquer.

El resto de la cena discurrió por similares derroteros. Después, el grupo pagó la cuenta y comenzó su paseo.

Pidieron unos helados en un puesto cercano a la terraza donde habían cenado. Destacaba el enorme polo de chocolate y almendras que paladeaba Irene con aire culpable. Era una chica morena, bella de cara, pero su natural fuerza y su tendencia a engordar la hacían guardar un especial cuidado con la alimentación. Sin embargo, ¿quién podía resistirse a la tentación de un sabroso helado de chocolate?

—Mañana me querré morir — le susurró ella a David.

—¿Por qué?

—¡Por qué va a ser! ¿No te das cuenta de que me sobran kilos por todas partes?

—Y dale… ¡Qué manía! Si estás perfecta, cariño — replicó David, y le acarició la mano mientras, inconscientemente, se separaban del resto del grupo.

—No estoy perfecta. Cada vez me noto más pesada. Encima, todo va al mismo sitio. Me miro al espejo y me deprimo… No sé cómo puedo gustarte.

—Me gustas más que nadie en el mundo, y me gustarías igual aunque en lugar de pesar sesenta y dos pesaras sesenta y siete o sesenta y ocho, ¿vale?

David la miró a los ojos y ella no dijo nada. Se limitó a devolverle una mirada cuya expresión basculaba entre dos posibles interpretaciones: "Sé que lo haces con tu mejor intención, pero no trates de engañarme" y "¿qué haría yo sin ti, sin tus ánimos, sin tu cariño…?" Se dieron un beso breve y tierno a la vez. Sus amigos les contemplaban un poco más adelante, divertidos y curiosos, esperando a que ambos se unieran otra vez al grupo.

Recorrieron la bocana del puerto. Los navíos más lujosos se alternaban con humildes embarcaciones en una diversidad que hacía las delicias de los aficionados a la práctica naval o de los simples paseantes como ellos. Entre risas y comentarios de lo más variopinto, pasaron al lado del casino. Se trataba de una antigua lonja que ocupaba una gran extensión. Hacía unos años,

había sido restaurada para albergar uno de los principales núcleos de azar de la provincia de Castellón. Una luz azulada se vislumbraba en el vestíbulo, tratando seguramente de aportar calidez y familiaridad a la clientela. Adrián se detuvo y permaneció contemplando el imponente edificio y su singular belleza.

—¡Vaya! ¿Qué os parece si para terminar de hacer tiempo entramos y echamos unos vicios?

Teresa le miró con reproche, pero antes de que pudiera protestar los hermanos Piquer jalearon la propuesta.

—¡Sí! Nunca hemos estado en ningún sitio de estos.

—¿No os da un poco de miedo entrar ahí? —objetó Irene—. Siempre he tenido la idea de que a los casinos suele venir gente bastante chunga.

—Tú has visto muchas películas— se burló Adrián, y con aire decidido se dirigió a la entrada. Los demás lo siguieron, ellos excitados, ellas a regañadientes. David, siempre prudente, no abrió la boca. Pensaba que esa noche iba a ser muy diferente a lo esperado.

Una atractiva y sonriente recepcionista les tomó los carnets de identidad y fue introduciendo los datos en su ordenador.

—Ya estamos fichados —le musitó enojada Teresa a su novio—. Por culpa de tu gran idea, nuestros datos van a circular por las salas de juego de toda España.

Atravesaron un pequeño pasillo y penetraron en una estancia repleta de estímulos excitantes: luces de colores, música, voces… Todo se confundía creando un ambiente de tentadora distensión, de acaramelado ocio, de salvífica irrealidad; la evasión irresistible para aquellas personas que estudiaban las cartas en una mesa de póker o apostaban con entusiasmo en la ruleta. Al fondo del local, las máquinas tragaperras emitían sus tintineantes y estúpidas fanfarrias mientras, delante de ellas, incautos jugadores se acomodaban en taburetes e introducían una moneda tras otra de manera compulsiva.

—¡No va más!— vociferaba un crupier en una ruleta.

—¡Hagan juego!— invitaba otro un poco más allá.

Adrián y los hermanos Piquer contemplaban el casino con aire de fascinación. Irene y Teresa lo hacían con indiferencia. David intentaba aparentar neutralidad, para no decepcionar a ninguna de las partes de ese repentino litigio. Pero, interiormente, seguía preocupado. ¿Por qué? No lo sabía a ciencia cierta, pero una nefasta intuición le había apresado desde el momento en que Adrián se había detenido frente al casino. Y, lejos de marcharse, esa incómoda sensación se acrecentaba por momentos. Trató de respirar hondo con disimulo, como solía hacer ante una situación de envergadura que le inyectaba estrés y ansiedad a raudales. Normalmente funcionaba, pero, ¿era ésta una noche normal?

Adrián y los hermanos Piquer se dirigieron a una ventanilla situada en un extremo de la sala para cambiar diez euros por fichas. De momento, las protestas de las chicas se habían apaciguado y ahora se dedicaban a empaparse de ese ambiente enfermizo. Se quedaron al lado de una ruleta y contemplaron al grupo de jugadores hacer sus apuestas mientras el crupier, con fingido entusiasmo, animaba a los presentes. Al cabo de un minuto, los chicos regresaron dispuestos a arruinar al casino con sus diez euros en fichas.

—¿Qué pasa, David, que te veo muy serio?— preguntó Quique Piquer.

—No… Es sólo que no me gustan mucho estos ambientes. Mucha gente lo pierde todo aquí.

—Bueno, nosotros sólo hemos venido a echar una partida y hacer algo de tiempo. A ver si cae algo y así luego nos salen gratis las copas.

En ese momento, la ruleta se detuvo en el número quince, y una mujer con rasgos asiáticos, arreglada con un elegante traje blanco y un bolso beige, recogió un montón de fichas. Intentaba disimular su alegría por el premio, pero una leve sonrisa la traicionaba.